

economistas, que á diferencia de los sansimonianos y de los fourieristas ó falansterianos, tratan sobre todo de sacar triunfantes los principios de la libre concurrencia; las doctrinas de Adán Smith, más comprensivas que las de los neofisiócratas, se esparcieron entre el vulgo, gracias á J. B. SAY (1767-1832), jefe de la escuela económica moderna en Francia, quien perfeccionó y aclaró muchos puntos del sistema de su ilustre antecesor (*Tratado de economía política*, 1803); pero los principios que sustentaba no podían aplicarse en la época del bloqueo continental (1).

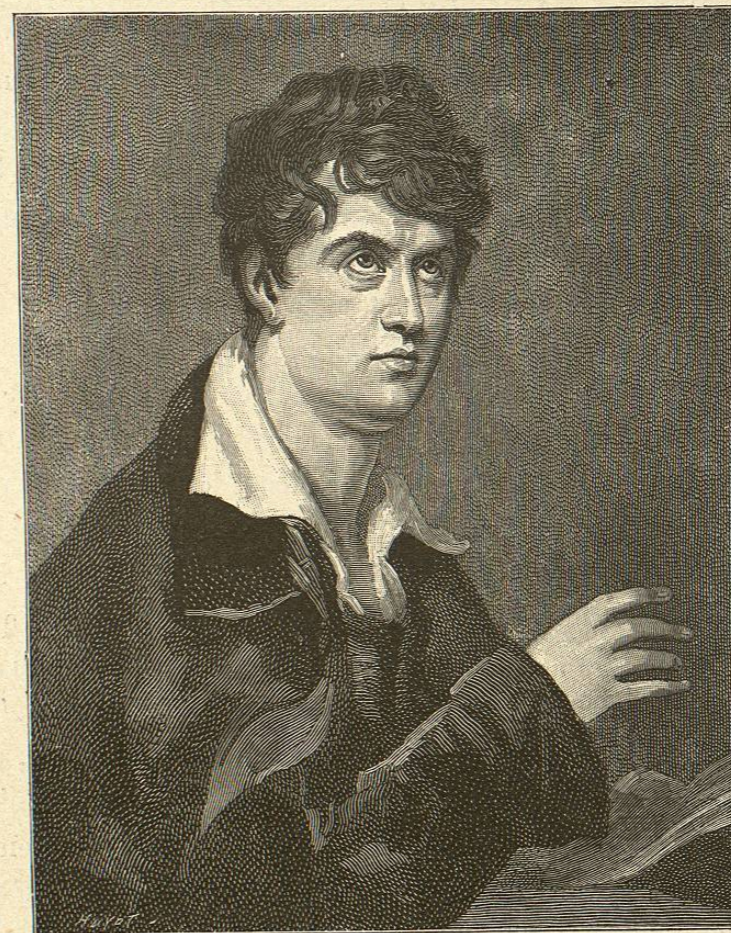
JURISCONSULTOS.—Los hombres de esta época que mejor representaron la filosofía aplicada son también los legisladores, consejeros de Estado ó tribunos que prepararon y discutieron los códigos franceses: TRONCHET, BIGOT DE PRÉAMENEU, PORTALIS, BENJAMÍN CONSTANT, etc., y sus primeros comentaristas: PIGEAU (*Curso de procedimiento civil*); DELVINCOURT (*Instituciones del derecho francés*, 1807); TOULLIER (*Derecho civil francés según orden del Código*, 1811-1820); J. BERRYAT SAINT-PRIX (*Curso de legislación*, 1803-4; *Curso de procedimientos*, 1808-10); MERLIN (DE DOUAI), quien á pesar del triste papel que jugó en la Revolución, mereció, por la extraordinaria perspicacia que demostró en el estudio del derecho, ser llamado «el nuevo Papi-niano», etc. Quedaría incompleto un cuadro del movimiento intelectual de esta época si no comprendiésemos en él á los jurisperitos. No cabe duda sobre esto, pero bueno es hacer notar que algunos deben figurar también en la historia de la literatura. Toullier unía á la claridad de Pothier, á quien parece tomó por modelo, un estilo preciso, elegante, variado, entusiasta en ocasiones, que le pone al nivel de los jurisperitos romanos. Los discursos preliminares de Portalis al Código civil y los que pronunció con motivo del Concor-

dad y crear una especie de mundo nuevo, otros reformadores más modestos y más útiles, aunque cayendo algunas veces en la utopía, se ocupan de la educación de la infancia y de la juventud. La popularidad que acompaña á los nombres del alemán CAMPE (1746-1818), del suizo PESTALOZZI (1746-1827), de los franceses JACOTOT (1770-1840) y J. B. GIRARD (1765-1850), demuestra el favor de que gozaba la Pedagogía desde que el *Emilio* de Rousseau puso estas cuestiones sobre el tapete.

(1) Francisco Veron de Forbonnais publicó en 1800, año de su muerte, su *Análisis de los principios de la circulación de los productos y la influencia del numerario en esta circulación*.

dato, nos parece deben colocarse entre las obras más importantes del siglo, aun considerándoles tan sólo desde el punto de vista literario.

LITERATURA.—Si cohibida se hallaba la filosofía en su desarrollo por un poder receloso, más duro era aún el yugo que pesaba sobre la



Talma. (Copia del retrato hecho por Gérard)

literatura. Sin embargo, no se debe exagerar, pues en definitiva se trata sólo de un período de quince años, y pudieran muy bien entresacarse de los siglos más brillantes de la literatura francesa, aun del XVII, otros períodos de igual duración en los que no ha aparecido nada de notable (1). En cambio, en el período de que tratamos vemos

(1) Napoleón, no obstante, se interesaba por los trabajos de la Academia francesa; quería que se terminase el *Liccionario*, que el abate Morellet, en la época de la Revolución, había salvado llevándose á su casa los archivos, los títulos y el manuscrito, que guardó hasta 1803.

un gran movimiento en el campo de las ideas, se preparan grandes novedades, y al lado de muchos hombres ilustres, Francia puede enorgullecerse de contar dos nombres que bastarían para ilustrar una generación: Chateaubriand y Madama de Staël. Verdad es que ambos eran enemigos de Napoleón, y parecen hallarse en abierta oposición con el gusto y el sistema de los literatos sus contemporáneos, pues fueron los precursores y jefes de una nueva literatura. Esta novedad agradaba, sin embargo, al público, hastiado de ver pasar ante él indefinidamente las pálidas copias de un clásico falso, y su triunfo, tan rápido como decisivo, prueba que no se hallaban tan distanciados como se ha dicho del espíritu de la época.

Al publicar CHATEAUBRIAND su novela *Atala*, en 1801, produjo esta obra universal admiración. El triunfo del *René* fué mayor todavía (1802); esta corta novela zahería con talento la enfermedad moral que comenzaba á hacerse la enfermedad de la época, aquella melancolía más ó menos justificada, que afloja todos los resortes del espíritu buscando el placer en la concentración sobre sí mismo. *René* no hubiera llamado tanto la atención si el *Werther*, de Goethe, hubiese sido más conocido en Francia, pues que en suma no es más que una repetición debilitada y en algunos puntos pretenciosa de esta última obra. La publicación del *Genio del Cristianismo*, del que *Atala* y *René* no eran á juicio del autor más que dos episodios sueltos, constituyó un verdadero acontecimiento. Ante tal éxito, Chateaubriand, deseando poner en práctica, de un modo más completo que en *Atala* y *René*, las teorías literarias expuestas en el *Genio del Cristianismo*, publicó en 1809 su poema épico, en prosa, *Los Mártires*, que amén de sus grandes bellezas y del talento con que su autor se penetraba con el espíritu de los hombres de aquella época, sumamente habituados á no salir de su estado normal, ejerció una influencia de las más decisivas y de las más favorables en la literatura y en el arte. No nos toca seguir más allá 1814 la carrera literaria y política de aquel hombre que debía morir en 1848, á los ochenta años de edad, asistiendo ya en vida, sin apercibirse, al ocaso de su propia gloria (1).

(1) Véase en los *Recuerdos* de Máximo Ducamp (*Revista de Ambos mundos*, 1.º de Noviembre de 1881) una interesante y sumamente novelesca anécdota sobre las relaciones entre Napoleón y Chateaubriand.

MADAMA DE STAEL (1766-1817), escritora menos original, en cuanto á la forma, que Chateaubriand, con un estilo menos brillante y rico, pero menos severo, debía ejercer una influencia más duradera. En las obras de imaginación, á pesar de *Delfina*, y hasta de *Corina*, fué tal vez inferior al autor de *René*; pero en sus obras expuso y provocó mayor número de ideas, y en este punto es la mujer que ha demostrado mayor potencia intelectual. Si quisiéramos señalar la cualidad predominante de aquel genio, que tantos y tan diversos asuntos trató, deberíamos fijarnos en la elocuencia, que es la que la distingue principalmente hasta en sus novelas. A esta elocuencia, unida á una generosa sensibilidad, que se conmueve ante todo lo grande como ante todo lo que excita la piedad, debió aquel entusiasmo que comunicaba y anima tantas y tan hermosas páginas suyas. Con su *Corina* dió á conocer Italia; su obra *La Alemania* abrió á la literatura francesa una nueva fuente de inspiración, lo cual bastaría para su gloria, aunque no eran estos para ella sus únicos títulos. Se han podido descubrir errores de detalle en su obra titulada: *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, pero lo cierto es que hasta entonces no existía ninguna obra de tanta importancia sobre crítica literaria. En ella demuestra una libertad intelectual capaz de analizar y de juzgar los hechos contemporáneos tal como lo pudiera hacer la posteridad. Palpita en casi toda ella el sentimiento de no poder, á causa de su sexo, influir más directamente en los acontecimientos de su época; pero si le está vedada la tribuna política, le queda la pluma. Prescindiendo de un gran número de opúsculos de circunstancias, sus *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, á pesar de su parcialidad, constituyen una de las obras políticas más profundas y más severamente escritas respecto á este período de la historia de Francia.

Chateaubriand y Mme. de Staël, aunque opuestos en bastantes puntos, presentan, como se ha hecho notar, dos caracteres comunes, que explican el por qué la posteridad los ha reunido en su admiración para colocar á ambos al frente de un nuevo período de su literatura: por una parte, el sentimiento religioso y la convicción de su influjo regenerador sobre los espíritus, y por otra, su independencia literaria.

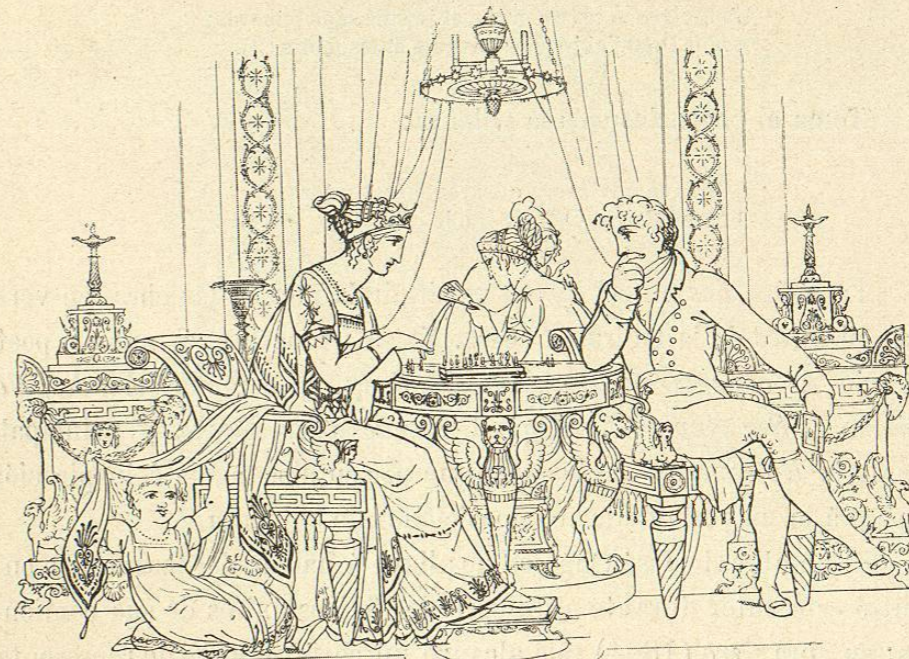
Dirigiremos una rápida ojeada sobre sus contemporáneos. Los más dignos de nota habían dado ya antes de 1800 la medida de su talento. BERNARDINO DE SAINT-PIERRE vivió hasta 1814, pero sin publicar nada. DELILLE (1738-1813) acrecentó poco su efímera gloria como traductor de *Las Geórgicas*, con sus poemas *La Piedad*, *La Imaginación*, *La Inmortalidad del alma* (1802), *Los tres reinos de la Naturaleza* (1809), *La Conversación* (1812) y sus traducciones de *La Eneida* y de *El paraíso perdido*. Conservó, sin embargo, hasta el fin de su vida aquella facilidad de versificación y fluidez de estilo que tanto ilusionaron á sus contemporáneos y que tan poco se aprecian actualmente. Al morir, en 1813, á pesar de hallarse Francia en bien apurado trance, y aunque este escritor, fiel á sus convicciones monárquicas, se había mostrado sumamente reservado ante el poder imperial, que le había concedido, sin embargo, la cátedra de Poesía latina en el Colegio de Francia, se le hicieron funerales nacionales. El *Diario del Imperio* le llamó «el hombre más inspirado, el mejor poeta y uno de los caracteres más notables del siglo.» Su cadáver permaneció expuesto tres días en la cámara ardiente con la cabeza ceñida por una corona de laurel (1). ECOUCHARD LEBRUN (1729-1807), que aunque se ponía en ridículo comparándose á Pindaro, tenía, sin embargo, su fuerza y su brillantez (2), después de haber cantado la monarquía y la república, tuvo aún tiempo, antes de su muerte, de recibir una pensión de 6.000 francos del emperador Napoleón. Si sus odas han caído en olvido, no sucede lo mismo con sus epigramas, muchos de los cuales son verdaderas obras maestras en su género. Este consorcio entre el genio y las pretensiones líricas con la precisión de un estilo mordaz no es raro, y el rival de Lebrun en el epigrama, JOSÉ CHÉNIER (1764-1811), demostró también su talento en la oda y en la elegía. Pocos contemporáneos suyos se libraron de su sátira: ante ella se ven pasar, aunque bajo distinto aspecto, la mayoría de aquellos que el mismo Chénier tratara con rara imparcialidad en su *Cuadro de la literatura*. Cebóse, como Lebrun, en el desgraciado BAOUR-LORMIAN (1770-1854), que daba gran pábulo á sus

(1) F. Brunetière, *Evolución de la poesía lírica en el siglo XIX*, tomo I, pág. 97.

(2) Su homónimo, PEDRO LEBRUN (1785-1873), se dió á conocer antes de 1814 por algunas composiciones de actualidad, como una *Oda al Grande Ejército* (1805).

enemigos con sus ridiculeces, pero que con frecuencia demostró tanto talento como los que le atacaban, y supo á veces devolver golpe por golpe (1).

Organe du public, la censure inflexible,
Exerçant á loisir le pouvoir d'un bon mot,
Punira Lormian du malheur d'être un sot.
Un défaut naturel veut quelque tolérance;
Il sait ennuyer, soit : on sait bâiller en France (2).



La partida de ajedrez
(Este grabado y los siguientes han sido reproducidos del álbum titulado: *Dessins de costume moderne*, publicado en Londres por Enrique Moses).

No perdonaba Chénier ni á los veteranos de la literatura; al hablar del viejo abate Morellet, muerto en 1819, dice:

(1) Por ejemplo, Lebrun le dijo:

Sottise entretient la santé;
Baour s'est toujours bien porté (*).

La respuesta no se hizo esperar:

Lebrun de gloire se nourrit;
Aussi voyez comme il maigrít (**).

(2) «La censura inflexible, órgano del público, — al aplicar á su gusto una frase, — castigará á Lormian su desgraciada necedad. — Un defecto natural pide cierta tolerancia; — él sabe enojarse, enhorabuena; — también saben bostezar en Francia.»

(*) La imbecilidad conserva la salud; — Baour siempre está bueno.

(**) Lebrun se alimenta de gloria; — ved cuán flaco está.